

13 de septiembre

XXIV domingo de tiempo ordinario

Eclo 27,33-28,9 / Sal 102 / Rom 14,7-9 / Mateo 18,21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?».

Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

(Mateo 18,21-35)

1. ¿Qué dice la Palabra?

Acompañando a Jesús en su camino hacia Jerusalén, ahondamos en el tema del perdón, que se nos planteaba ya en la liturgia de la Palabra del pasado domingo, cuando Jesús dejaba a los Apóstoles el encargo de “atar y desatar”, haciendo así a la Iglesia naciente la “comunidad de la reconciliación”.

Pedro pregunta a Jesús cuántas veces tenemos que perdonar, y en la misma pregunta ya descubrimos que el Apóstol intuye la respuesta: «¿hasta siete veces?». El siete es el número de la creación, los días en los que Dios creó todo, por tanto decir siete veces, significa ya decir “todas las veces” que mi hermano me vuelva a ofender. Pero por si acaso Pedro no lo tiene claro, Jesús se lo confirma: «hasta setenta veces siete». Siempre tenemos que perdonar porque la misericordia está en el ADN del cristiano.

Jesús aprovecha a hacer una parábola, que nos ayuda a poner el punto de mira en donde debemos: ¿cuál es la referencia del perdón al prójimo? Sin duda el perdón que recibimos de Dios.

El Señor de la parábola se ofrece a perdonar la fortuna que le debe el criado, de modo totalmente gratuito. Pero en cambio la minucia que éste tiene pendiente con su compañero es incapaz de perdonarla. Es entonces cuando el Señor se ofende con el siervo: no porque le deba mucho dinero, sino porque es incapaz de perdonar como es perdonado.

Entrar en esa dinámica de perdón es la única manera de que podamos orar con el Padrenuestro. Decir “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden” solo es posible cuando nos hemos sumergido en el amor misericordioso de Dios, que nos perdona siempre y que así nos invita a hacerlo nosotros.

Por cierto, en mis larga experiencia de escuchar penitentes en confesión, he tenido la oportunidad de oír

repetidas veces a personas que se acusan de que “perdonan pero no olvidan”. Quizá se trate de una expresión poco afortunada y quieran decir que perdonan pero siguen sintiendo rencor hacia la persona que les hizo mal o que les ofendió. Eso significa en definitiva que no han perdonado del todo y necesitan que el Señor en su infinita misericordia siga purificando sus corazones para que puedan perdonar como son perdonados.

Por otra parte, Dios nos ha dotado de un regalo hermoso y que, cuando la perdemos somos objeto de compasión y de preocupación: la memoria. Naturalmente que perdonamos y no olvidamos. Dios quiere que recordemos el mal del que hemos sido víctimas para que así el perdón sea real. Si olvidamos lo que hemos vivido ni podemos perdonar lo malo ni agradecer lo bueno. Igual que cada día debemos dar gracias por las cosas buenas que Dios nos regala, también hemos de alabarle por la capacidad de perdonar que solo Él ha puesto en nuestro corazón y por las veces que hemos sido perdonados por nuestros hermanos los hombres quienes nos han sabido aceptar como somos sencillamente porque nos quieren.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El pasaje del Evangelio de este domingo (cf *Mateo* 18, 21-35) nos ofrece una enseñanza sobre el perdón, que no niega el mal sufrido sino que reconoce que el ser humano, creado a imagen de Dios, siempre es más grande que el mal que comete. San Pedro pregunta a Jesús «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano?, ¿Hasta siete veces?» (v. 21). A Pedro le parece ya el máximo perdonar siete veces a una misma persona; y tal vez a nosotros nos parece ya mucho hacerlo dos veces. Pero Jesús responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (v. 22), es decir, siempre: tú debes perdonar siempre. Y lo confirma contando la parábola del rey misericordioso y del siervo

despiadado, en la que muestra la incoherencia de aquel que primero ha sido perdonado y después se niega a perdonar.

El rey de la parábola es un hombre generoso que, preso de la compasión, perdona una deuda enorme —«diez mil talentos»: enorme— a un siervo que lo suplica. Pero aquel mismo siervo, en cuanto encuentra a otro siervo como él que le debe cien dinares —es decir, mucho menos—, se comporta de un modo despiadado, mandándolo a la cárcel. El comportamiento incoherente de este siervo es también el nuestro cuando negamos el perdón a nuestros hermanos. Mientras el rey de la parábola es la imagen de Dios que nos ama de un amor tan lleno de misericordia para acogernos y amarnos y perdonarnos continuamente.

Desde nuestro bautismo Dios nos ha perdonado, perdonándonos una deuda insoluta: el pecado original. Pero, aquella es la primera vez. Después, con una misericordia sin límites, Él nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento. Dios es así: misericordioso. Cuando estamos tentados de cerrar nuestro corazón a quien nos ha ofendido y nos pide perdón, recordemos las palabras del Padre celestial al siervo despiadado: «siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No deberías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?» (vv. 32-33). Cualquiera que haya experimentado la alegría, la paz y la libertad interior que viene al ser perdonado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez.

En la oración del *Padre Nuestro* Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (*Mateo* 6, 12). El perdón de Dios es la señal de su desbordante amor por cada uno de nosotros;

es el amor que nos deja libres de alejarnos, como el hijo pródigo, pero que espera cada día nuestro retorno; es el amor audaz del pastor por la oveja perdida; es la ternura que acoge a cada pecador que llama a su puerta. El Padre celestial —nuestro Padre— está lleno, está lleno de amor que quiere ofrecernos, pero no puede hacerlo si cerramos nuestro corazón al amor por los otros.

La Virgen María nos ayuda a ser cada vez más conscientes de la gratuidad y de la grandeza del perdón recibido de Dios, para convertirnos en misericordiosos como Él, Padre bueno, pausado en la ira y grande en el amor.

Papa Francisco. Ángelus 17/09/2017

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Ten piedad, Dios mío, dame tu perdón.

Soy un peregrino, soy un pecador,
vengo arrepentido, ten piedad, Señor,
vuelve a mí tus ojos con amor.

Lejos de tu casa, de tu bendición,
malgasté mi vida en la perdición.

Roto y pobre vengo, ten piedad, Señor,
vuelve a mí tus ojos con amor.

A tus puertas llamo, sé que me abrirás.

Con los pecadores muestras tu bondad.
A salvarnos vienes, ten piedad, Señor,
vuelve a mí tus ojos con amor.

Podéis oír esta canción en Youtube:

<https://www.youtube.com/watch?v=zEjfJhhqLDc>